

Santiago, Dulce María

La libertad del espíritu y la conciencia americana

V Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología, 2013
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Santiago, Dulce María. "La libertad del espíritu y la conciencia americana" [en línea]. Jornadas Diálogos : Literatura, Estética y Teología. La libertad del Espíritu, V, 17-19 septiembre 2013. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/libertad-espiritu-conciencia-americana.pdf> [Fecha de consulta:]

Vº JORNADAS DIÁLOGOS: LITERATURA, ESTÉTICA Y TEOLOGÍA

La libertad del espíritu y la conciencia americana

Dulce María Santiago
(Universidad Católica Argentina)

Introducción

En la modernidad, los descubrimientos geográficos pusieron en evidencia la existencia de un mundo *ancho e inmenso*, con diversas culturas, es decir, con diversas maneras de pensar, de sentir y de vivir, y no reducido a Europa y Asia como hasta entonces se consideraba. En este sentido el *Descubrimiento de América* representó el surgimiento de un Mundo *Nuevo* que demostró que la tierra era redonda y navegable, así el mundo aparece completo y global. Esto produjo ciertamente un giro tan radical en la manera de *ver* el mundo que dio origen a una *nueva* era en la historia de la humanidad. Pero esta novedad no sólo se dio en sentido geográfico sino, fundamentalmente, en un sentido plenamente humano, es decir, espiritual.

Una de las características fundamentales de lo propiamente americano ha sido la *libertad del espíritu* que representó siempre al Nuevo Mundo a su intelectualidad, en contraste con el *racionalismo* que caracterizó al Viejo Mundo. América ha sido siempre sinónimo de *libertad* de pensamiento y de vida que impregnó fuertemente su cultura.

Esta novedad constituyó un nuevo *ethos* que da lugar al llamado *Humanismo americano*, que aunque convivió con el europeo resultó diferente en su formación y concreción histórica, propio de la libertad del espíritu de estas tierras.

Las Crónicas

A partir de la aparición de este *Nuevo Mundo* surge una imagen idílica de América comparada con el *Edén*, las primeras crónicas de viaje relatan una naturaleza virginal, exuberante que produce en los viajeros europeos un asombro ante la “maravilla” que contemplan al llegar a las islas del Caribe, donde se produce el primer encuentro con el

nuevo continente, que todavía parecen ser las *Indias*. En su Diario del primer viaje Colón describe de esta manera el paisaje que contempla: “Puestos en tierra vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras.”¹ También se ve idealizada la imagen del indio en estas crónicas: “Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una farto (muy) moza. Y todos los que yo ví eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años, muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras: los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de caballos, e cortos...”² Puede apreciarse así que los temas de consideración fueron la naturaleza, el paisaje y los hombres del nuevo continente.

La imagen que tanto Colón como Américo Vespucio (1454-1512), tuvieron de estas tierras coincidió con el ideal cultivado por los incipientes humanistas y contribuyó al *mito de América-Paraíso*. Aunque el navegante florentino es quien toma conciencia de que las tierras descubiertas por Colón eran, verdaderamente, un nuevo continente y, a partir de 1507, comienza a circular la denominación de *América* para referirse al Nuevo Mundo. En sus *Lettera* (1505) comunica a su protector italiano: “decidí abandonar el comercio y poner mi propósito en cosas más laudables y firmes, y fue que dispuse a ir a ver parte del mundo y sus maravillas...”³ Aunque rescata la bondad natural de los nativos: “ellos se confiaron y vinieron a tratar con nosotros; y hecha buena amistad con ellos, viniendo la noche nos despedimos...” Sin embargo, reconoce que: “No supimos que esa gente tuviera ley alguna, ni se les puede llamar moros ni judíos; son peores que gentiles, porque no vimos que hicieran sacrificio ninguno y tampoco tienen casas de oración; juzgo que su vida es epicúrea.”

Colón se convirtió así en el primer europeo que intenta interpretar la realidad americana que pide nombres nuevos para la originalidad que ofrece. Por ello, recurre a la fantasía y a los antiguos mitos para dar cuenta de aquello que es ofrecido a sus ojos como diferente a lo ya conocido en el Viejo Mundo. **La imaginación y la emoción, más que la razón impregnarán esta nueva visión de nuestro continente.**

Podemos deducir, a partir de estas breves consideraciones, que América padece un *enmascaramiento* de su realidad ya en sus comienzos. No se la ve “objetivamente”

¹ Colón, Cristóbal. *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*. En *Crónicas de Indias. Antología*. (1999) Buenos Aires, Ediciones Colihue, p. 44

² Colón, Cristóbal. *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento...*p. 45

³ Vespucio, Américo. *Lettera*. En *Grandes relatos de viajeros*. Revista Ñ, Clarín. Sábado 13 de junio de 2009

sino a partir de esta experiencia subjetiva de condicionada por la proyección que sus descubridores hicieron de ella. Así el hombre europeo vio en América aquello que estaba anhelando ver, un mundo diferente al suyo donde podría vivir una *vida feliz*. Pero el resultado fue una América vista con los ojos europeos y, en cierto sentido, todavía medievales. La modernidad sorprenderá de modo diferente, aunque con ciertas analogías, en América y en Europa.

Esta mirada sin duda propició la creación de una cultura nueva que se vislumbraba, de algún modo, por la mezcla de dos realidades espirituales diversas que estaban separadas por un océano.

Prolongación de la visión de América-Paraíso

Esta visión también será luego desarrollada por Antonio de León Pinelo (1595-1660) en su obra titulada precisamente *El paraíso en el Nuevo Mundo, Historia natural y peregrina de las Indias Orientales* publicada en 1656. En ella considera que la ubicación terrenal del Edén es, ciertamente, el Nuevo Mundo y estima que Colón ha sido quien instauró esta idea del Paraíso Terrenal que luego será recogida en pleno siglo XX por el español *transterrado* Juan Larrea (1895-1980) quien comentará la obra de Pinelo. La hipótesis de este autor permitiría afirmar que Colón ha sido el fundador del *realismo mágico americano*.

Para Juan Larrea la mencionada obra es de carácter poético y profético, en ella se considera que América es el origen y el destino final de la Humanidad: Es el *Paraíso Perdido* y también la *Tierra prometida*, el *buen lugar* que nuestra autora Graciela Maturo propone la denominación de *eutopía* a la visión de América que tienen los humanistas como Larrea al considerar que es la confluencia de todos los hombres en el destino final de la Historia.

Modernidad americana y el espíritu del Barroco

A pesar de esta imagen idílica de nuestro continente, el contacto real de la civilización europea, que comenzaba a entrar en la modernidad, y las culturas indígenas se dio de modo desequilibrado entre las fuerzas de una cultura dominante y unas culturas que serían dominadas. Las peculiaridades de este hecho darán lugar a la *pluralidad* de lo hispanoamericano

La expresión más propia de la modernidad es la aparición del *sujeto* con toda su fuerza, capaz de una autonomía completamente ausente en el hombre antiguo y medieval que “cifra su identidad en su genealogía, en su apellido, su herencia y sus posesiones. Dicho de otra manera, la modernidad significa el advenimiento de un humanismo burgués frente a un humanismo aristocrático.”⁴

En la literatura española el Siglo de Oro coincide con el desarrollo del estilo Barroco: la imagen de este hombre que se hace a sí mismo, renuncia a su genealogía y reconoce su identidad en su ideal será *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* que sobrellevará todos sus desafíos y aún la totalidad de su existencia con una clave *humana*, escindido entre su realidad y su idealidad. Es un héroe moderno.

El Barroco se convierte en América en “la máquina generadora de la primera expresión cultural mestiza con rasgos propiamente hispanoamericanos”⁵ que representó la escritora Sor Juana Inés de la Cruz. Este estilo por su naturaleza inclusiva y exuberante permitió con naturalidad el uso de múltiples expresiones de origen amerindio. El neobarroco caribeño (Alejo Carpentier, Lezama Lima) constituirá en el siglo XX uno de los rasgos de nuestra propia identidad.

El *Modernismo* literario y la interpretación de lo americano

En el siglo XX, ante la inminencia de la conmemoración de los *Centenarios*, el *Modernismo* repensó la identidad americana como una asimilación y una adaptación de lo extranjero a lo propio y como una *síntesis* de elementos diversos. Este movimiento, que surgió como una corriente artística genuinamente americana, convertirá al sincretismo en su estandarte, dando lugar a una transformación en la visión de la identidad americana. Preocupado por renovar la estructura literaria, el modernismo se vuelve crítico hacia la imitación de lo europeo: toma sus ejemplos de Europa pero piensa en América. La nueva definición de lo americano será, entonces, la *síntesis*. José Martí (1853-1895) es una de las figuras más representativas de este período y rescata al indio y al negro como integrantes de lo americano.

A su vez, el positivismo, que fue el pensamiento dominante en la cultura de fines del siglo XIX tanto europea como americana y había prometido un futuro de bienestar

⁴ Choza, Jacinto y Ponce Ortiz, Esteban. *Breve Historia Cultural de los Mundos Hispánicos. (La Hispanidad como encuentro de culturas)* (2010) Madrid-Sevilla, Thémata, Plaza y Valdés. P. 145

⁵ Ob. Cit. P. 153

fundado en el progreso de la ciencia, entra en crisis; permite así el surgimiento de este nuevo movimiento que promete liberar al espíritu de su esclavitud material y posibilita emerger un nuevo idealismo. En este sentido, otra de las figuras destacadas del modernismo, José Enrique Rodó, en su *Ariel*, postulará la superioridad de lo latinoamericano, representante de los valores espirituales, sobre América del Norte, fundada en valores utilitaristas. Como para el modernismo lo americano resulta una síntesis con una búsqueda de lo *bello*, en contraposición a lo pragmático, la civilización es ahora lo latinoamericano y la barbarie lo norteamericano.

Martí implica un giro radical en el concepto de “civilización vs. barbarie” ya que, a partir de ahora, tanto el indio como el negro, rescatados de la *otredad*, son incorporados a la civilización.

Así el modernismo, que rechaza el liberalismo, el romanticismo y el positivismo, “provoca la insurrección necesaria: la generación que escandalizó al vulgo bajo el modesto nombre de *modernista* se alza contra la pereza romántica y se impone severas y delicadas disciplinas. Toma sus ejemplos de Europa, pero piensa en América”⁶

El realismo mágico

El escritor y musicólogo cubano Alejo Carpentier (1904-1980) fue un americanista, en la tradición de los que descubrieron en el trópico el paraíso perdido y la tierra prometida. América, con sus magníficos escenarios, era la fuente de los orígenes, la madre tierra, y al mismo tiempo, el universo donde convivían todas las razas y culturas. América era lo “*real maravilloso*” que terminaría convirtiéndose en el famoso “*realismo mágico*”, del colombiano Gabriel García Márquez (1927). Este prototipo de escritor latinoamericano considera que la característica fundamental de nuestra sociedad es la simbiosis y el mestizaje. Según el autor cubano los surrealistas tuvieron una decisiva influencia en el descubrimiento de la América Latina para la cultura occidental. La afición por lo primitivo e inconsciente lo impulsó a cultivar lo real maravilloso que para él era la síntesis y la esencia del continente. Porque la incongruencia, la paradoja –según él– están *en la raíz de la vida latinoamericana*. En este suelo todo es desmesurado, sus montañas y cascadas gigantescas, sus llanuras y sus

⁶ Henríquez Ureña, Pedro (1927). *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires. Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias; pág. 14.

selvas impenetrables. Su obra literaria contribuyó a la formación de una conciencia latinoamericana.

Conclusión

Lo que la literatura muchas veces *dice sin decir* ha ido configurando una identidad de una pluralidad diversa porque supo interpretar no con la razón sino con la emoción una realidad que desbordaba la posibilidad de una racionalidad en el sentido europeo de una filosofía moderna. Las Letras, en cambio, han sabido captar de modo más profundo su esencia y han podido expresarla de un modo más apropiado que otros saberes.

Lo que permitió comprender la esencia de lo americano ha sido la *libertad del espíritu* que se manifestó tanto en la realidad concreta como en su interpretación por parte de nuestros autores capaces de aprehender esa originalidad. En esta visión lo americano representa la gran novedad para el mundo moderno porque el destino de la Humanidad confluye hacia América: somos la representación de la unidad del mundo que alcanza su síntesis en este continente de una manera anticipada al fin de los tiempos. El tiempo avanza en el sentido de una pluralidad que se dirige a la unidad como su meta, esa meta fue previsible en el encuentro de lo diverso que ocurrió en América.

Por eso en la celebración del V Centenario el antropólogo Adolfo Columbres afirmaba en el Prólogo al libro *1492.1992.A los 500 años del choque de dos mundos. Balance y perspectiva*, dice: “Aunque estoy de acuerdo que lo más apropiado es hablar de invasión, para titular este libro preferí el término ‘choque’, que lejos de enmascarar la violencia, la integra como un componente ineludible. Pero ante la invasión sólo cabe la guerra para expulsar al intruso. El choque, en cambio, puede derivar en encuentro, en un auténtico encuentro, el que no ocurrió hasta ahora pero deberá ocurrir, *porque hacia allí camina la historia*”⁷.

⁷ A. Columbres, *1492.1992.A los 500 años del choque de dos mundos. Balance y perspectiva*. Ed del Sol, Buenos Aires, 1993, p. 12.